



## UNA EMPRESA UNIVERSAL

ISMAEL SÁNCHEZ BELLA ■ *El primer Rector de la Universidad de Navarra recuerda unos inicios marcados por la persona de Monseñor Escrivá*

**C**onocí a Monseñor **Escrivá** en 1940. Doce años después, me envió a Pamplona para poner en marcha la Universidad de Navarra. Ante la insuficiente ayuda económica que

nos ofrecían —"ciento cincuenta mil pesetas, por dos años y a prueba"—, su primer consejo fue el siguiente: «Nunca nos han regalado nada: hay que ganárselo». Pero contábamos con lo más importante: su oración. Todavía conservamos una fotografía suya, dedicada al primer grupo de profesores, en la que nos decía, allá por 1954, que nos bendecía y que la tarea que acabábamos de iniciar «durante años fue tema constante de mi oración».

Procurábamos que nuestra fe fuera fiel reflejo de la suya. Recordábamos que siempre nos había dicho que todas las cosas grandes nacen pequeñas, y desde el primer momento supimos que la Universidad de Navarra era ya una empresa universal.

Nos daba gran libertad. Dejaba hacer. Pero nos hacía ver la importancia



de las cosas que en aquellos momentos se nos podían pasar por alto: una Capellanía para la atención espiritual de los alumnos, respetando siempre la libertad de las conciencias; la necesidad de poner pronto en marcha una buena Facultad de Teología; la prudencia de contar con una excelente Administración interna en la Clínica Universitaria; la conveniencia de cuidar que se oyera buena música y hubiera un buen Coro Universitario en las solemnidades académicas (Recuerdo que en pleno desfile del Claustro de Profesores hacia el Aula Magna, en medio de un completo silencio, me susurró divertido: «¡Entierro de tercera!». Cuando volvió a desfilar dos años después, se llevó una gran alegría al escuchar —mientras pasaba por el vestíbulo del Edificio Central— el espléndido coro que diri-

gía el maestro **Ochoa de Olza**).

Desde Roma nos envió la preciosa imagen de la Virgen Madre del Amor Hermoso, que preside el “campus” universitario y que siempre está acompañada de profesores, alumnos y «cuantos en ella trabajan», como rogó que se hiciera constar en la lápida de la ermita para destacar la importante labor del personal no docente. Siempre que venía a Pamplona, Monseñor **Escrivá** iba a postrarse a sus pies, con el fervor mariano que le caracterizaba.

Han pasado cuarenta años y la Fe gigante del Fundador de la Universidad ha obrado maravillas. Y al ver tantos edificios esparcidos por las suaves pendientes del “campus”, lleno de verdor, recordamos que nos decía que no habíamos venido a hacer una Universidad, sino a hacernos santos. ■